

VII CONGRESO NACIONAL DE ESTUDIOS DEL TRABAJO

Grupo Temático 4: Trabajo, vulnerabilidad, pobreza y desigualdad social

Coodinadores. Agustin Salvia y Laura Golovanevsky

Título Ponencia: **MUNDO JUVENIL Y MUNDO DEL TRABAJO.
NUEVAS SUBJETIVIDADES?**

Autor: **Mariel ZAMANILLO**

Correo Electrónico mzamanillo@hum.unrc.edu.ar

Universidad Nacional de Río Cuarto

Dirección Postal: Ruta 36- Km. 601- 5800 -Río Cuarto

Agosto de 2005

MUNDO JUVENIL Y MUNDO DEL TRABAJO: NUEVAS SUBJETIVIDADES?..

Mariel ZAMANILLO¹

*“lo que me interesa en un hombre cualquiera es la condición humana; en un gran hombre, los medios y la índole de su grandeza; en un santo, el carácter de su santidad. Y algunos rasgos que expresan menos un carácter individual que una relación particular con el mundo.
André MALRAUX, Antimemorias, pag. 21.*

INTRODUCCION

Este documento forma parte de la investigación en curso *“La fragilidad del sujeto frente a los problemas del trabajo y las configuraciones subjetivas emergentes. Exploración de trayectorias de vida y su relación con los escenarios socio-históricos.”* llevada a cabo en el ámbito de la Universidad Nacional de Río Cuarto; se inscribe como continuidad de dos proyectos anteriores referidos a la temática del desempleo de jóvenes y procesos de exclusión social. La investigación combina métodos cuantitativos y cualitativos. La fase cuantitativa recopila datos de las encuestas oficiales proporcionados por la Encuesta Permanente de Hogares, especialmente los referidos a datos de desocupación y empleo por grupos de edades,

¹ Directora del proyecto *“La fragilidad del sujeto frente a los problemas del trabajo y las configuraciones subjetivas emergentes. Exploración de trayectorias de vida y su relación con los escenarios sociohistóricos”* CeCyT-UNRC-2004-2006

prestando especial sobre las franjas juveniles. También la fase cuantitativa se ocupa del análisis de las políticas y programas de empleo orientados a jóvenes que fueron implementados en el orden nacional y provincial en la ciudad de Río cuarto. Esta ponencia sintetiza algunas dimensiones principales del estudio, haciendo particular referencia al análisis de dimensiones cualitativas del estudio que indagan sobre temáticas vinculadas a la condición de desocupados y riesgo de exclusión social. En este sentido la técnica privilegiada fue la entrevista en profundidad, con la que abordamos a 25 jóvenes de la ciudad de Río Cuarto. Los jóvenes, de ambos sexos, de entre 20 y 24 años, fueron seleccionados cuidando las proporciones de hombres y mujeres que habitan la ciudad de Río Cuarto y respetando la proporcionalidad de nivel educativo alcanzado, de acuerdo a los datos proporcionados por el Censo Nacional de Población y Encuesta Permanente de Hogares.

La preocupación central de la investigación -que se sintetiza en este documento- fue buscar respuestas -en los propios jóvenes- acerca de cómo se vinculan con el 'mercado de trabajo', con 'las nuevas formas de trabajo', o con 'el no trabajo', buscar respuestas en ellos que nos evidencien si se mueven en una zona de exclusión social o, de riesgo de exclusión, si están configurando nuevas formas de identidad juvenil, a partir de nuevas definiciones, por ejemplo de lo que es el trabajo... respuestas no definitivas pero que nos alientan a seguir en la búsqueda de las múltiples formas en que los sujetos procesan las condiciones objetivas de existencia por las que atraviesan.

LA CONSTRUCCIÓN SOCIAL DE LAS CONDICIONES SOCIALES

Para comprender *la crisis del trabajo* nos propusimos revisar los diversos significados del trabajo. En ese proceso, realizamos un recorrido desde la antigüedad y edad media, donde *el trabajo* era despreciado y asignado a clases bajas o visto como castigo o penitencia. Recién se reivindica al *trabajo* como valor social con los luteranos y, especialmente, con los calvinistas, en los inicios del capitalismo. Esto se refleja en la teoría económica clásica, que considera al *trabajo* como fuente de todo valor, complementada con la visión de la sociedad y del hombre como un gran mercado.

A mediados del siglo XIX se da la gran escisión en las ciencias sociales entre la visión marginalista y posteriormente neoclásica de la economía y las otras ciencias sociales. Para la primera el hombre es visto en su individualidad y como actor racional, la sociedad es reducida al mercado y, a la vez el trabajo deja de ser el único creador de valor, lo central en el proceso económico es el mercado. Las otras ciencias sociales de la época no son individualistas metodológicamente, ni adoptan la perspectiva del actor racional. Durkheim destaca los aspectos morales de la división del trabajo; Weber desarrolla la burocratización y, aunque se lamenta de ella, afirma que lo racional legal es sólo una forma de acción; la primera sociología industrial de Elton Mayo destaca el campo del sentimiento en la producción.

Los neoclásicos insisten en exigir de la clase obrera una ética del trabajo al mismo tiempo que los consideran actores racionales e interesados.

Estas contradicciones que se reflejan en la primera crisis de la economía neoclásica muestran una preocupación de las restantes ciencias sociales por la pérdida de solidaridad frente al avance del capitalismo. Se refuerzan las visiones que reivindican los aspectos regulatorios y funcionales de las relaciones laborales, como el keynesianismo, las relaciones industriales como disciplina, la sociología industrial, el funcionalismo en sociología.

La crisis del estado de bienestar de los '70, contribuye al nuevo ascenso de los neoclásicos, pero de los decepcionados de la clase obrera como sujeto revolucionario surgen las primeras versiones de la crisis del trabajo como la de Gorz, posteriormente Offe y los posmodernos, hasta llegar a las versiones más pragmáticas y pesimistas, como las de Rifkin y Forrester, o de los organismos internacionales.

En fin, las diferencias históricas en torno a los significados del trabajo nos condujo a afirmar que su importancia reside no tanto en el tipo de actividad, o de objeto que se transforma, sino más bien en la articulación con ciertas relaciones sociales de subordinación, cooperación, explotación o autonomía. Esta ubicación nos permitió, junto con otros niveles de la cultura y el poder, subrayar que sus significaciones son construcciones sociales que implican determinadas relaciones de poder y dominación, relaciones de fuerzas que pueden hacer variar los significados de los conceptos.

La pregunta que vinculó el mundo del trabajo con el mundo juvenil fue si sigue siendo hoy importante el espacio del trabajo en la conformación de subjetividades e identidades juveniles.

LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA JUVENTUD

En el plano conceptual nos alejamos de aquellas posturas que piensan a la juventud como un todo diferenciado respecto de los adultos, los cuales han de velar por los jóvenes como grupo y cuidar de que lleguen a ser adultos responsables que cumplan con el papel que les toque asumir. En definitiva, asegurarse de que la reproducción social se realice adecuadamente.

Esta mirada, casi hegemónica, por mucho tiempo, ha ayudado a conocer, pero también a crear, una potente construcción social sobre la juventud como categoría única.

Sostuvimos, desde una posición alternativa, que la categoría juventud, en tanto categoría homogénea es insuficiente y ocultadora de particulares condiciones históricas y

sociales. Vimos desde la trama conceptual y desde la palabra de los jóvenes, que esa homogeneización del mundo juvenil toma aspectos y dimensiones que son propias de un tipo de jóvenes: se refiere más a los estudiantes que a los trabajadores, más a los chicos que a las chicas, más a la clase media que a la baja. Se trata, pues, de un discurso normativo que dice lo que es normal y lo que no lo es dentro del campo juvenil.

Se argumenta en el estudio, el carácter de la juventud, tal como la conocemos actualmente, como algo específico de nuestra sociedad occidental moderna, signada por el modo de producción capitalista, donde la juventud aparece a través de la prolongación de la adolescencia y el retroceso de la madurez. Las condiciones de aparición de la juventud se crean con la transformación del feudalismo al capitalismo en las sociedades occidentales, lo cual produjo cambios en el papel de los jóvenes por la transformación de instituciones tradicionales como la familia y la escuela.

En el proceso de desarrollo capitalista, los períodos de expansión económica producen un excedente económico donde aparece el mercado juvenil. El éxito de la producción de dicho mercado es tal que no sólo se orienta al segmento juvenil, sino que se amplía y expande a los restantes segmentos etarios (ropa, motos, recreación, etc.).

Esta visión, sin embargo, convierte también a los jóvenes en sujetos necesitados de ayuda, protección o educación. Si no tienen responsabilidad sobre cómo son y lo que les pasa, serán los adultos los que habrán de intervenir cambiando la sociedad, pero sobre todo cambiando a los propios jóvenes (intervención social, programas de juventud, etc.).

Desde la posición adoptada en el estudio, se consideró a la juventud, como una población *parcialmente* dependiente, subordinada y limitada en sus posibilidades de actuación respecto de los adultos, de acuerdo a la condición de social, de acuerdo a la posición en la estructura social.

Hemos priorizado la conceptualización que nos habla de lo juvenil, no solamente como dato biológico, sino como construcción cultural, si bien basada en la cuantificación del tiempo vivido. Ellos nos condujo, al problema de la construcción de la identidad de los jóvenes. El joven ha de ser reconocido en su condición por las personas con las que interactúa. Y eso implica, en primer lugar, una apariencia física, un cuerpo y una cara jóvenes.

Entre los sectores de clase media, son los adultos los que delimitan los márgenes dentro de los que se pueden mover los jóvenes y los beneficios -materiales y psicosociales- que pueden esperar de tal subordinación. En principio, en la medida en que las expectativas de beneficio sean mayores, el joven acepta de mejor grado la relación asimétrica de poder.

La superación de la dependencia de los jóvenes respecto de los adultos implica adquirir una independencia económica, normativa y de administración de recursos, así como la formación de un núcleo doméstico propio. Ello es vivenciado por el conjunto de los jóvenes del estudio como una meta de gran relevancia para sus vidas, pero que, de acuerdo a las condiciones actuales, parece inalcanzable, tanto para chicos y chicas de clase media como de los sectores populares.

Al analizar la situación de dependencia respecto del grupo familiar de origen, enfatizamos las relaciones de poder, desiguales, entre jóvenes y adultos.

Como señalan Bourdieu y Passeron (1970), es necesario observar diferencias entre la situación de desigualdad y heterogeneidad entre unos y otros jóvenes en relación a la reproducción social.

Se distinguió entre aquella dependencia y postergación de los jóvenes de hogares pobres y la subordinación beneficiosa de los jóvenes de clase alta respecto de sus padres, con presencia de situaciones intermedias. De este modo, si bien cada joven se encuentra en posición de inferioridad respecto a los adultos de su entorno, las consecuencias de esa inferioridad distan mucho de ser equivalentes.

Se tematizaron las cuestiones que se entrelazan e intervienen en la configuración de la identidad del joven. Se tomó como hilo conductor la posibilidad o imposibilidad de acceder al mundo del trabajo, sin desconocer que en la construcción de las identidades juveniles intervienen una multiplicidad de factores y condiciones que hacen a las trayectorias de vida de los jóvenes. De allí que se incorporasen en el estudio las dimensiones referidas a la vida familiar, las relaciones sociales, el tiempo libre.

Entre las dimensiones analizadas, se destaca la mitificación de lo juvenil, que se manifiesta en nuestra sociedad como una exaltación de todo lo joven. Como correlato de esta valoración, se produce una *juvenilización* de la sociedad, una apropiación de los adultos de los símbolos y los modos de los jóvenes.

La estética, los modos y consumos juveniles adoptados por los adultos proceden del segmento juvenil de clase media-alta y los propios jóvenes desocupados hacen referencia a tal situación.

El dispositivo analítico del mito y estereotipo nos ayudó para responder, desde los discursos juveniles, a la visión que ubica a la juventud como materialista, que persigue la realización personal en términos de tener y consumir; nos encontramos, en cambio, con jóvenes que analizan, críticamente, esas características consumistas que se les atribuyen a ellos, como una marca de la sociedad en la que vivimos impuesta a través de los medios de comunicación.

También los jóvenes responden y se defienden de la visión que los ubica como juventud *conformista* y *descomprometida*, que se desentiende de la política y de su papel transformador de la sociedad. Los jóvenes permanecen en el ámbito privado y no se ocupan de lo público como reacción a la desconfianza en las instituciones políticas. Esta tendencia a la búsqueda de pequeños espacios, no supondría un cambio de valores, en el sentido de preferir libertad privada a la igualdad.

Como respuesta a la visión que liga a la juventud con un fuerte *egocentrismo*, en términos de cuidado del cuerpo y preocupación por la realización personal, los jóvenes desocupados del estudio reconocen que la implantación de este discurso es importante. Está en los medios de comunicación, en los discursos de educadores, filósofos, padres, etc. Su presencia es tan fuerte que los propios jóvenes se pronuncian frente a él, y, aunque entre otros jóvenes puede ser afirmado, es negado en el caso de los que se encuentran en situación de privaciones diversas, y no les es indiferente, no pueden permanecer al margen.

Este tipo de construcción se fundamenta en una comparación implícita o explícita con otra generación juvenil, la que protagonizó los acontecimientos y procesos socio-políticos de los años sesenta y setenta. De hecho, parece que se ha construido un discurso que mitifica esa juventud como ejemplo de generación rebelde empeñada en la transformación de la sociedad. Ante tal mito, cualquier generación posterior parecerá conformista si no se producen acontecimientos similares. Y los jóvenes del estudio, señalan, en este caso, un camino diferente, su preocupación por “pequeñas causas”, por lo cercano. Parecen decirnos: la sociedad se ha vuelto tan grande, tan global, que es imposible ocuparse de ella, que nos preocupa lo que está alrededor nuestro.

Incluso esta construcción estereotipada de la juventud oculta su contradicción: reclama de los jóvenes su falta de implicación en lo público, su temor a que la juventud no cumpla el papel que está llamada a desempeñar en su etapa adulta, temor a la falta de valores apropiados desde la moral adulta dominante. Sin embargo, esta visión refuerza el lugar de los jóvenes como subalterno, porque los considera no preparados para asumir las responsabilidades adultas, no pueden ser aceptados como actores sociales plenos; mientras se les exige responsabilidades a los jóvenes, se les deniega la posibilidad de que las contraigan.

En relación a las relaciones familiares, observamos en el estudio, que las relaciones con los progenitores pueden acentuar o minimizar la subordinación filial, de acuerdo a como hayan sido esas relaciones previas a la situación de desocupación del joven: se acentúa la

subordinación y relaciones de conflictividad cuando las relaciones anteriores eran tensas y se minimizan cuando dichas relaciones han sido cohesivas y con tendencia cooperativa.

El joven, para ser joven se sitúa en relación con otros jóvenes, y así encuentra, a veces dificultosamente, a veces más fácilmente, su identidad específica dentro de la juventud.

Se sitúa respecto a los jóvenes más cercanos a él o a ella, su grupo de interacción, los amigos y los conocidos, pero también respecto a las imágenes juveniles que recibe de los medios de comunicación social.

La identidad de joven no es algo estático e inamovible, como tampoco caótico y sin sentido. La persona añade nuevos significados, abandonando otros, adscribiéndose a ciertos significantes, etc. Cuando se acerque el momento en que la persona nunca más será reconocida como joven, irá sustituyendo muchos significantes y significados identitarios por otros propios de adultos. Pero siempre quedará algo de lo que fue cuando joven, una marca que permita establecer una continuidad entre lo que fue y lo que es.

En su búsqueda de identidad, los chicos y chicas van forjando y adhiriendo a estilos juveniles que les proveen de gran cantidad de materiales con los que identificarse y construir su identidad.

Estos estilos juveniles, en tanto conjunto de significados y modos de expresión comunes a una parte de la juventud, son provisorios, cambiantes y cristalizan en estilos juveniles de acuerdo a la condición social de cada grupo. Los jóvenes del estudio reconocen y se reconocen en algunos estilos juveniles, sin importarles demasiado si ello es impuesto o elegido libremente por ellos. Adoptan un estilo musical concreto, una imagen y un atuendo reconocible y representaciones –que pueden ser vagas o muy concretas– de la política y la sociedad.

En cuanto a la adscripción a estas formas de ser joven, es importante destacar si bien dicha adscripción puede ser total, comúnmente nos encontramos con adscripciones parciales, que permiten al sujeto poner su nota personal, lo cual refuerza su proceso identitario.

Si bien estos estilos, estas maneras de ser jóvenes, se vinculan o son producto de un medio social determinado, porque se comparten similares condiciones de vida, sin embargo, hay que tener en cuenta la difusión de materiales culturales e identitarios entre unos y otros grupos de jóvenes, influencias múltiples que tienen como marco posibilitador aquellos espacios que comparten jóvenes de distinta procedencia. Asimismo, es preciso tomar en cuenta, como los medios de comunicación difunden selectivamente algunos estilos juveniles, normalmente los más “problemáticos”, o los más “exitosos”. Ello abre un fértil campo para futuras indagaciones.

A diferencia de lo que sucede para los chicos de clase medio-alta, para quienes puede resultar agradable continuar la convivencia con la familia de origen, entre los discursos de los jóvenes desocupados aparece con fuerza la necesidad de emancipación. Estos chicos reclaman al mundo adulto en general y a la política en particular, algunas condiciones para ir progresivamente adquiriendo las responsabilidades adultas: económica, productiva, doméstica y parental.

En ese derrotero, el elemento más importante para que la transición pueda efectivamente realizarse, es la inserción sociolaboral, la obtención de un trabajo que provea de los recursos necesarios. De ahí, la importancia de las indagaciones acerca de las diferentes trayectorias que siguen los jóvenes hasta acceder al mercado laboral, y, claro está, las dificultades y precariedad de algunos itinerarios.

Seguimos pensando hoy -al igual que en las primeras líneas de este trabajo- que el conocimiento de las estrategias de los actores y condiciones sociales que confluyen en el paso a la edad adulta define los distintos significados de la transición a nivel simbólico, y cómo el trabajo, en tanto posibilitador de la inserción sociolaboral, juega un papel clave, tanto en la

definición del campo simbólico, cuanto en los nuevos posicionamientos que los sujetos pasan a ocupar en la estructura social. según la forma que asume la inserción sociolaboral.

La incompletud juvenil solamente puede ser superada con el ingreso de la persona en el mundo adulto, lo cual nos habilita para afirmar que el trabajo continúa siendo el elemento fundamental en la inserción plena de cualquier persona en la sociedad.

Se indagó, también, que sucedía con la participación social y política de nuestros jóvenes. La decisión de analizar esta dimensión residió en el hecho de que la asunción de los derechos de ciudadanía han estado totalmente filtrados por la participación en el mercado de trabajo, en nuestra tradición sociopolítica. Las observaciones a este hecho aparecen con nitidez entre nuestros jóvenes. Sus palabras nos resuenan en términos de “desmercantilización”, es decir, de un larvado reclamo a poder subsistir independientemente de su participación en el mercado de trabajo. Comienzan a imaginar sus futuros laborales alrededor de tipos de organización del trabajo no mercantil. Por cierto no hay un reclamo de “renta básica garantizada”, pero sí de algún tipo de acompañamiento estatal, que supere el rápido paso por un plan de capacitación o de empleo.

Se diferenció analíticamente temas y preocupaciones que nos permitieran recuperar a la juventud como sujeto histórico. Nos guiaba la pregunta de cómo situar la juventud, como sujeto o como objeto, como agente o como producto de una sociedad. Nuestra respuesta, provisional, por cierto, ubica a los jóvenes por momentos producidos y por momentos productores, situando a la agencia de los jóvenes más en el ámbito de su interacción cercana que en el marco de la sociedad global.

LOS JÓVENES Y EL PROBLEMA DE LA EXCLUSIÓN SOCIAL

La noción de exclusión social, como la de marginalidad, en sus aplicaciones recientes en América Latina no son usadas como conceptos precisamente definidos. Más bien ambos conceptos son usados indistintamente en la misma línea de las viejas interpretaciones para

caracterizar sectores que se encuentran al margen de los mecanismos de integración social. (CEPAL, 2000).

Sobre la exclusión social, sin embargo, existe una serie de nuevos significados que se han generado sobre todo entre los investigadores europeos a propósito del impacto que tiene el nuevo orden capitalista globalizado sobre la estructura de clases y la estratificación social. No obstante resulta difícil extender el concepto a la realidad latinoamericana sin considerar las condiciones iniciales entre contextos.

Independientemente de similitudes externas dadas por el proceso de globalización, por el impacto del cambio tecnológico y por el proceso de desindustrialización y ascenso de la economía de servicios, hay diferencias importantes cuando se intenta contextualizar estas tendencias.

La exclusión tal como se ha conceptualizado en estudios referidos a Europa o en los Estados Unidos, constituye básicamente un problema relativo al desempleo o, alternativamente, a la emergencia de una nueva infraclase de pobres en Estados Unidos. Ambas vertientes poco tienen en común con los términos afines de “marginalidad o exclusión” con que se ha caracterizado con mayor propiedad a los países de América Latina.

En este sentido no es difícil trazar la línea divisoria entre los diferentes significados de marginalidad o exclusión según sea el contexto de referencia.

La utilidad de la formulación de Marshall acerca de las nociones de ciudadanía civil política y social puede ser suficiente para indicar la naturaleza de las diferencias. Por lo menos en un sentido muy preciso que engloba en mayor o menor grado gran parte de los países de América Latina. La misma se expresa en una nunca acabada realización histórica del estado-nación en el cual han faltado los mecanismos de incorporación de vastos segmentos sociales en los planos del mercado, el estado y la sociedad. (CEPAL, 2000)

Los jóvenes –tomando en cuenta su heterogeneidad socio-cultural- se ven hoy afectados en forma selectiva por los imperativos que imponen el sistema económico y el mercado de trabajo, así como por el debilitamiento y la fragilización que se reproduce en los sistemas familiares, comunitarios y educativos.

Si bien estas son las formas bajo las cuales se expresa o manifiesta el problema, no habría que confundirlas con las condiciones o factores sociales que lo generan. Tanto las aspiraciones como las posibilidades de integración de los jóvenes de -al igual que las de otros sectores- se ven socavadas por un proceso más general de exclusión y desigualdad cuyos componentes fundamentales son sintetizados de esta manera por A. Salvia (2000):

-“La precarización de las oportunidades de empleo, los cambios que experimentan las relaciones laborales y de mercado y su impacto sobre los ingresos, las condiciones de trabajo y la seguridad social.

-La fragilidad de las redes sociales de contención, reciprocidad y protección; específicamente en referencia a: 1) el cambio de rol de las instituciones del Estado responsables de la provisión de servicios sociales; 2) los cambios en la configuración familiar, y 3) los procesos de desintegración de las redes barriales y comunitarias.

-El creciente predominio de símbolos y reglas de discriminación, segregación e inhabilitación, que definen en forma desigual la estructura de oportunidades, éxitos y fracasos sociales”. (p.54).

La noción de inclusión social significa englobar al conjunto de la población en el sistema de instituciones sociales. Importa el acceso a sus beneficios, como a la dependencia del modo de vida individual con respecto a los mismos. Como lo expresa R. Lo Vuolo, la exclusión social debe ser entendida como *exclusión en la sociedad*; es un fenómeno claramente dicotómico y sólo puede entenderse adecuadamente en relación con su opuesto: la *inclusión en la sociedad* -inclusión social-. De igual modo, las dimensiones que expresan y reflejan la existencia de un problema de exclusión social sólo se entienden por su opuesto: así la pobreza sólo se explica con la riqueza, el empleo con el desempleo (1995, p. 15).

Exclusión social concierne -en esta línea de conceptualización- a todas aquellas condiciones que permiten, facilitan o promueven que ciertos miembros de la sociedad sean apartados, rechazados o simplemente se les niegue la posibilidad de acceder a los beneficios institucionales. Como ambos fenómenos –inclusión, exclusión- son productos de una misma dinámica, los miembros excluidos se ven afectados por la inclusión de otros (porque, por ejemplo, los recursos sociales disponibles se usan preferentemente para satisfacer a los incluidos) R. Lo Vuolo, 1995.

Así, el campo de la exclusión social es un espacio que se construye alrededor de dos polos. Por una parte están los que se encuentran “altamente integrados” en los campos productivos más dinámicos: empresas multinacionales de servicios y de productos, de capital y tecnología intensivas, con alta productividad y que distribuye ingresos altos; por el otro se encuentran los que literalmente “se quedan afuera”, es decir los desempleados que, con el paso del tiempo, se vuelven desempleados crónicos y los “inempleables” (E. Tenti, 2000, pag. 1).

El acceso a un empleo no tiene relevancia únicamente desde el punto de vista económico. En la sociedad moderna el trabajo es una posibilidad de realización de los derechos ciudadanos, así como de acceso a formación, información y vínculos sociales. De modo que la crisis del Estado de Bienestar y la tercera revolución industrial han ocasionado transformaciones profundas no sólo en el plano económico, sino en lo que se refiere a las formas de reproducción individual, familiar y comunitaria, incluyendo las redes sociales solidarias.

Efectivamente, encontramos, en el caso de Argentina, muchos jóvenes que no acceden a la educación, pero también jóvenes que después de haber hecho un largo recorrido por la escuela no acceden a un empleo. De acuerdo a los informes periódicos de la Encuesta Permanente de Hogares-INDEC se observa un aumento en la tasa de desempleo de quienes tienen entre 19 y 24 años. Igualmente se encuentra un incremento en la proporción de jóvenes

que "no estudian ni trabajan, tampoco se dedican a los quehaceres domésticos, no están incapacitados para trabajar, ni reciben seguro de desempleo" (Sidicaro, R. y E. Tenti, 1996).

Un elemento a considerar además de la posibilidad de acceder al empleo se refiere a las condiciones de trabajo y al salario. De acuerdo a varios estudios, los empleos que ofrecen menor estabilidad y más bajos salarios son los que se ofrecen a jóvenes y mujeres. De tal modo encontramos que a menor edad más bajo salario, y entre los mismos jóvenes se observan diferencias que indican que las mujeres jóvenes perciben menor salario que los varones.

Tal parece que el problema de la exclusión laboral y del deterioro de las condiciones de trabajo y salariales son características que hasta ahora se han visto aunadas al proceso de globalización. De hecho, en el momento en el que se empieza a hablar de globalización, un tema aparece con fuerza en las agencias internacionales, en las organizaciones no gubernamentales y en las ciencias sociales: la pobreza.

LOS JÓVENES Y EL PROBLEMA DEL EMPLEO

En Argentina, la población que tiene entre 15 y 24 años alcanzaba en el año 2004 a 6.276.654 jóvenes, lo que representa el 17.8 % de la población total, según datos de la Encuesta Permanente de Hogares.

Desde el punto de vista demográfico, Argentina se ubica entre las poblaciones de moderado crecimiento, habiendo superado la transición demográfica en las primeras décadas del siglo XX. El componente juvenil de su población actual es considerablemente de menor tamaño que el prevaleciente en la mayor parte de los otros países de América Latina.

No obstante, en los últimos años de la década del '90 la población juvenil se ha incrementado en aproximadamente 2.300.000 personas, -entre los años 1990 y 1999-, pasando de un 15.6 % del total de la población al 17.6 %.

La distribución de la población juvenil por tramo etario es relativamente proporcional para cada subtramo de edad: la población entre 15 y 19 años representa para el año 2000, el 47.4% del total de jóvenes y aquellos que se encuentran entre los 20 y 24 años suman un 52.6 % de la población total juvenil de Argentina.

El crecimiento citado párrafos arriba, tiene relevancia en cuanto habría significado un potencial incremento de la oferta laboral (de la fuerza de trabajo joven). Esto es importante si se tiene en cuenta que la década del '90 ha estado marcada por serios problemas para generar nuevos puestos de trabajo. Este incremento también habría significado una mayor presión sobre el sistema educativo que en la década anterior.

El análisis de los indicadores de desempleo juvenil demuestra, que éste es marcadamente superior al adulto. Así según cifras de la EPH de octubre de 2001 la tasa de desocupación alcanzaba en el grupo etario de 15-24 años al 18.9% mientras que en el mismo período la tasa de desocupación de los adultos no superaba al 15%.

Los datos señalan, asimismo, que las altas tasas de *desocupación juvenil* se ven asociadas a tres tipos de fenómenos: la edad, el género y el nivel de ingresos de la familia de origen.

En efecto, en lo que se refiere a la edad, si se analizan las cifras proporcionadas por la EPH de 2004, es posible apreciar que el desempleo juvenil disminuye comparativamente cuando se asciende en los subtramos etarios, verificándose importantes diferencias en la tasa de desocupación entre el grupo de 15 a 19 años y el de 25 a 29 años, tal como lo demuestra el cuadro siguiente.

| TASA DE DESOCUPACIÓN DE LA POBLACIÓN DE 15 A 29 AÑOS, SEGÚN GRUPO DE EDAD, Total País- Argentina 2004 | | |
|--|-----------------------|-----------------------|
| Grupo de 15 a 19 años | Grupo de 20 a 24 años | Grupo de 25 a 29 años |
| 16.9 | 20.9 | 15.3 |

Fuente: EPH- total País, Año 2004

En segundo lugar existen diferencias notorias en el *desempleo juvenil* dependiendo de si la familia de origen del joven pertenece al segmento más pobre de la población o, por el

contrario, al más rico. Las diferencias aludidas son fáciles de percibir a la luz de las cifras que se muestran a continuación:

| TASA DE DESOCUPACION DE LA POBLACION DE 15 A 24 AÑOS POR QUINTIL DE INGRESOS- TOTAL PAIS- Argentina- Año 2004 | | | | | | |
|--|----------------------------|-----------|------------|-----------|----------|--------------|
| Grupo de Edad | Quintil de ingresos | | | | | TOTAL |
| | I | II | III | IV | V | |
| 15 a 24 años | 38.3% | 19.2% | 13.6% | 9.6% | 7.3% | 17.8% |

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH- Promedio ondas mayo y octubre de 2004

La tasa de desocupación promedio de las mujeres es mayor en todos los tramos de edad, incidiendo con mayor fuerza en el caso de las mujeres jóvenes. Las mujeres presentan, en la mayor parte de los casos, tasas de desocupación equivalentes a dos veces la de los hombres.

| TASA DEDESOCUPACION DE LA POBLACIÓN DE 15 A 24 AÑOS POR QUINTIL DE INGRESOS, SEGÚN SEXO – Total País- Año 2004 | | | | | | |
|---|----------------------------|-----------|------------|-----------|----------|--------------|
| Grupo de Edad | Quintil de Ingresos | | | | | Total |
| | I | II | III | IV | V | |
| 15 a 24 años | | | | | | |
| Hombres | 36.9% | 19.9% | 17.2% | 12.1% | 7.8% | 16.1% |
| Mujeres | 42.3% | 23.0% | 19.2% | 13.0% | 7.0% | 19.5 % |

Fuente: Elaboración propia en base a datos de la EPH- Promedio ondas mayo y octubre de 2004

Al mismo tiempo, los problemas laborales derivados del proceso de implantación del modelo neoliberal, que se intensificaron durante los '90, han elevado la tasa de desocupación global, correspondiendo buena parte de ese porcentaje a la pérdida de puestos de trabajo de jefes de hogar. En este contexto, ha sido muy grande el crecimiento de las tasas de participación económica de las mujeres (en todas las edades, incluso las mujeres) y de los jóvenes en general, aunque nuevamente con centro en las mujeres.

Los datos anteriores muestran una situación que expresa la heterogeneidad de la realidad juvenil en nuestra sociedad. Siendo la situación de desempleo una realidad que afecta ampliamente a este segmento etario de la población, claramente los grupos más vulnerables son los tramos de menor edad, y dentro de ellos, quienes se ven mayormente afectados son

los que han abandonado la escuela o con escolaridad incompleta (15 a 19 años), que pertenecen al 40%, (los dos primeros quintiles) de la población de menores ingresos. Por último, dentro de este segmento de bajos ingresos, la situación más difícil la viven las mujeres jóvenes.

Los problemas del *empleo* no se limitan al desempleo, sino que se extienden al subempleo visible e invisible y al empleo precario entre los asalariados, en modalidades diversas que incluyen desde el empleo ilegal hasta el legal parcial así como nuevas formas contractuales que reducen los estándares laborales predominantes anteriormente. Todas estas dimensiones tienen, también una mayor incidencia sobre los jóvenes.

Algunos sectores de actividad contratan trabajadores juveniles casi exclusivamente, como supermercados, gastronomía y servicios modernos (telefonía, aseguradoras de fondos de jubilación y pensión, etc.). Las formas contractuales legales de carácter precario son las que predominan y se realizan en el marco de la legislación promulgada en los últimos años. La Ley Nacional de Empleo 24013, creada a inicios de la década del '90 en uno de sus capítulos estimula la contratación de jóvenes de hasta 24 años bajo formas atípicas, por ejemplo, tiempo determinado.

Al observar la variación neta en el *empleo*² se advierte que la principal contribución está en el crecimiento del empleo por cuenta propia, en sus más variados matices. De acuerdo a la OIT, “6 de cada 10 de los nuevos empleos generados en el período 90-99 pertenecen al sector informal. El empleo de este sector creció a una tasa anual del 3.9% superior al crecimiento del empleo total (2.9%)” (OIT, 2000). El resto de la generación del empleo se da en la empresa privada formal del sector moderno, puesto que en el sector público se da un retroceso del empleo, especialmente a raíz del proceso de reforma del Estado.

² La OIT ha revisado en 1999 su definición de “sector informal” al incluir a los trabajadores por cuenta propia –excepto profesionales y técnicos-, los trabajadores familiares no remunerados, los ocupados en microempresas de menos de cinco ocupados y al servicio doméstico. Obviamente, se excluye al sector público (ver OIT, *Panorama Laboral* 99, Lima, 1999)

La participación del sector informal en el empleo total ha crecido de un 44.4% en 1990 a un 47.99% en 1999. Se constata, también un importante crecimiento de la ocupación en el servicio doméstico, que generalmente recluta a mujeres jóvenes, uno de los grupos más vulnerables en términos de generación de ingresos y cobertura social.

La proliferación de empleos sin protección, o el aumento de las modalidades de contrataciones flexibles a término, o la modalidad de subcontratación generada por la nueva organización de la industria y muchos servicios, han incidido en el aumento de las ocupaciones denominadas “de baja productividad”. Sin embargo, también se observan estas características en las modalidades de inserción de grupos más calificados, como profesionales y técnicos, que si bien no pertenecen a este grupo, comparten con ellos la incertidumbre y la precariedad de la inserción. Es natural, sin embargo, que la gravedad de los primeros sea mucho mayor, puesto que la baja calificación no permite vencer las disparidades de ingresos generados.

Es muy indicativo el aumento en la disparidad de los ingresos generados por el trabajo calificado y no calificado. Así, la disparidad entre ingresos de asalariados técnicos o profesionales en relación a los no profesionales ni técnicos del sector privado más moderno (establecimientos de más de 5 personas ocupadas), es notoriamente creciente desde la década de los ochenta. Si se observa el mismo tipo de análisis, comparando los profesionales y técnicos asalariados y los trabajadores por cuenta propia no profesionales, se advierte una brecha aún mayor.

El último aspecto considerado, vinculado a cierto aumento en los niveles de remuneración reales del trabajo, principalmente a causa de una desaceleración de los niveles inflacionarios logrados por la convertibilidad monetaria, muestra una fuerte disparidad en las remuneraciones de la fuerza laboral. El sector moderno, cada vez más exigido por la búsqueda de la competitividad en la economía global y la combinación eficiente de los factores productivos, pero simultáneamente sujeto a contextos inestables en cuanto a condiciones macroeconómicas externas e internas, logra captar la población que se ofrece con mayores calificaciones, mientras que los sectores de baja productividad, hoy en ascenso,

constituyen la única salida de la población no calificada. Ambas fuerzas, entre otras más estructurales, llevan a consolidar una cierta rigidez en la distribución de los ingresos que hacen de Argentina, junto al resto de América Latina, la región más inequitativa del planeta.

En cuanto a la composición sectorial del empleo, el período 1990-2004 confirma la disminución en el porcentaje de la PEA ocupada en la industria manufacturera y el aumento sostenido en los sectores terciarios (comercio y servicios, principalmente).

Si observamos ahora el desenvolvimiento de las tasas de desempleo en Córdoba y Río Cuarto, la Encuesta Permanente de Hogares -INDEC- correspondiente a octubre de 2004 revela que el índice de desocupación es, en promedio para Argentina, del 13,6 % de la Población Económicamente Activa; 13,1% en el Gran Córdoba y 12,2% para la ciudad de Río Cuarto. Con respecto a octubre de 2003 el promedio nacional muestra un desdenso de la tasa a nivel nacional, como así también en la ciudad capital y en Río Cuarto.

El análisis por Rama de Actividad de las sucesivas series estadísticas de la Encuesta Permanente de Hogares³ (EPH) revela la alta dependencia de la actividad comercial en Río Cuarto. Para octubre de 2004 una de cada tres personas trabaja en el sector. En tanto, el 25,9 lo hace en servicios sociales, siendo estas dos las principales fuentes de empleo en la ciudad.

En la ciudad de Córdoba, en cambio, uno de cada tres ocupados se encuentra trabajando en servicios sociales; el comercio constituye el segundo rubro, con el 22,5% del empleo. En cuanto a ingresos monetarios los riocuartenses ganan un 25 % menos que el promedio nacional; el salario medio es, además el 14,2% inferior al que ganan los habitantes de la capital provincial.

El escenario más crítico se presenta para quienes son jóvenes -quienes tienen entre 14 y 24 años-. En este grupo de la población, la desocupación asciende, a nivel nacional, al 20,5%. En la ciudad de Córdoba: 22,1% y en Río Cuarto 16,5%. Las cifras señalan que la

³ La EPH se realiza en la ciudad de Río Cuarto desde el año 1995. Instituciones responsables: Universidad Nacional de Río Cuarto a través de la Secretaría de Extensión y la Municipalidad de Río Cuarto, Dirección de Estadísticas.

mayor deficiencia del sistema está en la cantidad de jóvenes que intentan insertarse en el mercado.

Cuando el análisis se realiza sobre el total de desocupados se observa que en la ciudad de Córdoba el 37,8% y en la ciudad de Río Cuarto el 35,1% son jóvenes comprendidos en las franjas etarias entre los 14 y 19 años y 20 y 24 años.

LAS RELACIONES ENTRE LA INVESTIGACION SOCIAL Y LAS POLITICAS DE JUVENTUD

El desarrollo de la civilización occidental, dice Edgard Morin, ha permitido el florecimiento individual, la intimidad en el amor y la amistad, la comunicación del tu y del yo, la telecomunicación entre todos y cada uno, pero ese mismo desarrollo aporta también la atomización de los individuos que pierden las antiguas solidaridades sin adquirir otras nuevas, salvo las anónimas y administrativas (1993).

Y a través de ese proceso, sigue Morin, cuanto más dimensión técnica adquieren los problemas, más escapan de la competencia de los ciudadanos en beneficio de los expertos. Cuanto más políticos se hacen los problemas de civilización, menos capaces son las políticas de integrarlos en su lenguaje y sus programas.

En nuestro país, así son las cosas, en más en menos, desde que el discurso de la apertura y la globalización encontraron su espacio. La fe en la tecno-ciencia, nos hace olvidar que en Argentina la mayoría de la población escapa, a los beneficios de la modernización y el progreso.

Según C. Maza, tal vez una de las escasas características de la modernidad que no ha quebrantado la posmodernidad —especialmente en sociedades como la nuestra, donde lo

“moderno” (privilegio o condena) sólo es de unos cuantos- es la de las relaciones que se establecen entre la ciencia y la vida social y política (1999).

Estas relaciones forman parte fundamental de lo que Weber describió como ‘racionalización’ de la sociedad, en cuyo proceso está implícita tanto la aplicación de conocimientos científicos en la fabricación-producción de tecnología destinadas a facilitar el quehacer humano, como el uso de modelos teórico-metodológicos -racionales- para organizarlo, mantenerlo bajo control e interpretarlo.

La acción política se vale de los conocimientos científicos, del producto de la investigación técnica y social, para sustentar su legitimidad. Pero la relación es indirecta: no se trata, especialmente en el ámbito de la política social de una simple orientación de las acciones por lo que los conocimientos sostienen, sino que en el proceso, estos últimos pasan por la caja negra de una operacionalización burocrática con aspecto de laberinto.

La política social se estudia, en no pocos casos, más por sus “funciones” que por sus “causas”, y sus efectos concretos sobre las desigualdades concretas. . Los conceptos y las prácticas de la política social responden, en este sentido, a posiciones funcionalistas. El planteamiento funcionalista ve las consecuencias de un determinado fenómeno sobre el todo, la globalidad. No explicita los mecanismos concretos causales por los cuales se genera un determinado fenómeno social.

Si se estudiaran los mecanismos sociales concretos a través de los cuales se forma una determinada política social, a partir de una determinada estructura social, se superarían estas visiones funcionales, porque se especificarían paso a paso todos los procesos causales.

Pero lo significativo es que -al menos en el discurso explícito- de las políticas se da el reconocimiento de una realidad diversa. Esta diversidad se la reconoce como esencialmente positiva, es decir, como necesaria de respetar y fortalecer. Eso significa, a nivel de la constitución de políticas sociales, que ellas no sólo tienen que la multiplicidad de las

cosmovisiones de diferentes grupos sociales juveniles, sino que tienen que construirse sobre estas realidades para ser viables y sostenibles. También es indudable que la percepción de la cuestión juvenil condiciona el tipo de políticas.

Las visiones que se sostienen respecto al sujeto con el cual se trabaja, los elementos explícitos u ocultos, se convierten en el ordenador de las políticas sociales. De tal modo, las concepciones sobre el sujeto juvenil, sobre el trabajo y sobre la sociedad y el estado se reflejan y sintetizan en una estrategia de intervención, en sus objetivos, diseño y ejecución.

Hemos dicho, páginas atrás que los jóvenes son sujetos que viven un tiempo presente con sus necesidades y proposiciones, con capacidades, virtudes y carencias. Este sujeto como sujeto de una política social debe ser parte activa de cualquier programa, tomando como eje movilizador su potencialidad creativa, incorporándose con roles y responsabilidades definidos, y donde la acción esté orientada al ejercicio e la independencia y de la autonomía.

La orientación de una estrategia de intervención no debería estar dirigida exclusivamente a la capacitación para el trabajo, sino que debería contener un objetivo más amplio que es el de trabajar con jóvenes, recuperando sus propias visiones y necesidades. Ello nos distancia de aquellas políticas diseñadas “para” jóvenes, en las que son considerados solamente como beneficiarios o depositarios de una política y nos acerca a las políticas diseñadas y realizadas “con” y “desde” los jóvenes, es decir como actores propositivos.

Una política social juvenil debe aspirar a generar una imagen distinta de los jóvenes. Contribuir al desarrollo social de los jóvenes no sólo tiene que ver con la provisión de recursos, como transferencias monetarias o entrega de bienes y servicios. Muy centralmente, una política social entrega señales para modificar la construcción colectiva del significado cultural atribuido a “lo joven”, haciendo hincapié en los sentidos predominantes de lo juvenil popular.

Dejamos de lado las visiones sobre los jóvenes que los ubican como “peligro” o “juventud dañada”, así como aquellas visiones que colocan a los jóvenes en relación al futuro, y dependientes totalmente de la guía de otros, como si nada tuviesen que hacer en el presente por ellos mismos.

En una propuesta que tiene como objetivo la promoción y el desarrollo de los jóvenes, este tema es más importante aún porque debe considerar las características de cada individuo, sus necesidades y las propias capacidades que aportará en cada tarea (y esto también es válido para la dimensión colectiva). Las metas de desarrollo a nivel individual no pueden alcanzarse sino se generan procesos en el joven de autoconfianza, de adquisición de habilidades sociales, de relacionamiento, de prácticas de independencia.

Ello es fundamental, pues no se requiere tan sólo que los jóvenes tengan la disposición a asumir su papel sino que los agentes externos (padres, la comunidad, instituciones) depositen la confianza y abran los espacios para una libre expresión de sus opciones y prácticas.

Sin duda, los problemas de los jóvenes podrán resolverse solamente en el marco de la superación de la crisis societal y estatal que hoy enfrentamos. Sin embargo, no es posible imaginar un desarrollo integrado, autosostenido, participativo y democrático, sin brindarle a los jóvenes la posibilidad de jugar un rol decisivo en el desarrollo. Para que ello sea realidad, necesitamos, desde la investigación, avanzar en el conocimiento de cómo se integran las políticas orientadas a los jóvenes. Para cerrar provisionalmente, diremos que no es ocioso recordar que:

“en la determinación de cada política de juventud concreta intervienen, decisivamente, al menos dos factores: la naturaleza y esencia del Estado que la diseña, por un lado, y por otro, las características o status del rol sociopolítico de la juventud, de su conciencia política o de su comportamiento, en línea con el desarrollo evolutivo de los movimientos juveniles”. (Saez Marin, 1988)

REFERENCIAS

- Alberoni, F., (1984), *Movimiento e institución*. Editora Nacional, Madrid.
- Alfie, M., (1995), "Movimientos sociales y globalización", en *Sociológica*, Año 10 No. 27. Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, D.F., enero-abril, p.43-61
- Balardini, J. (1999); *Jóvenes y Juventud; en: Los Jóvenes y el trabajo*, OIT, Lima.
- Brunner, J. (1995); "Investigación Social y decisiones políticas"; en *Revista Sociedad*- UBA, Buenos Aires.
- Beccaria L. y N. López (Comp.); (1995); *Sin Trabajo. Las características del desempleo y sus efectos en la sociedad Argentina*; UNICEF/Losada; Buenos Aires.
- Bourdieu, P.; (1990); *Sociología y cultura*; Grijalbo; México.
- _____ ; (1997); *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción*; Colección Argumentos, Anagrama; Barcelona.
- Castell, R. (1998); *Metamorfosis de la cuestión social*. Paidós, Buenos Aires.
- CEPAL: (1997) *Informe de la Comisión Latinoamericana y del Caribe sobre el desarrollo social*, Santiago de Chile.
- CEPAL-ECLAD (2000); *Adolescencia y juventud en América Latina y el Caribe: problemas, oportunidades y desafíos en el comienzo de un nuevo siglo.*; Serie Población y Desarrollo, Naciones Unidas, Santiago.
- Cortes, R., y A. Marshall (1999) "Las políticas sociales en el Estado neoliberal". *Ponencia presentada al 4to Congreso nacional de ASET (Asociación de Estudios del Trabajo)*. Facultad de Ciencias Económicas-UBA- Buenos Aires
- DEUSTCHE BANK, (1999), *Jóvenes hoy. Segundo estudio sobre la juventud en la Argentina, Tendencias y perspectivas en la relación entre jóvenes, Estado y sociedad en las puertas del nuevo milenio*; Edit. Planeta, Buenos Aires.
- Foucault, M., (1995), *Discurso, poder y subjetividad*. Ediciones El Cielo por Asalto, Buenos Aires.
- García Delgado, D.; (1998); *Estado-nación y globalización. Fortalezas y debilidades en el umbral del tercer milenio*; Ariel; Buenos Aires.
- Golbert, L. Y E. Tenti;(1993); *Estructura Social y Pobreza en Argentina: Escenarios de los '90*; CIEPP, Doc. de trabajo N. 8; Buenos Aires.
- González Casanova, P. "Lo universal y lo particular en el fin de milenio", en *Sociológica*, Año 10 No. 27, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, D.F., enero-abril 1995. p. 8-13
- Gorz, A.; (1997); *Misericordias del pasado, riqueza de lo posible*; Paidós, Buenos Aires
- Ianni, O.; (1992); "A sociedade civil mundial". En, *A sociedade global*; Civilizacao brasileira. Río de Janeiro.
- Jacinto, C. (2000); "Jóvenes vulnerables y Políticas Públicas de formación y empleo". En: *Mayo. Revista de Estudios de juventud. Empleo Joven*. N° 1, ; Dirección Nacional de Juventud. DNJ., Bs. As.

- Konterllnik, I. y C. Jacinto; (1996); *Adolescencia, pobreza, educación y trabajo*; UNICEF/ Losada, Buenos Aires.
- Maza, C. Amores imposibles. (1999); “*Sobre las relaciones entre la investigación y las políticas de Juventud*”. En: *Jóvenes, Organización Internacional del Trabajo*
- Miranda, A. y A. Salvia; (1997) “Juventud y Exclusión Social”; en: *JOVENes. Revista de Estudios sobre Juventud*. Cuarta Época, año 1, no.1, julio-septiembre 1996. Causa Joven / Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, México, 1996. pp. 34-45.
- Moreno, M.; (1996); *Informe referido a condiciones de vida de los jóvenes*; CENEP, Buenos Aires.
- Morin, E., (1993); *Tierra patria; Kairós, Barcelona*.
- Nauhardt, M., (1997) “Construcciones y representaciones. El péndulo social en la construcción social de la juventud”; en: *JÓVENes, Revista de Estudios sobre Juventud*. Causa Joven / Centro de Investigación y Estudios sobre Juventud, México, n.3, ene-mar.
- PNUD: (1997); *Informe sobre Desarrollo Humano 1996: crecimiento económico y desarrollo humano*; Madrid, Mundi Prensa Libros.
- Reguillo, R., (1997) “Taggers, Punks y Ravers”, en Alonso I. y J. M. Ramírez Sáiz.; en: *La democracia de los de abajo*; Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Humanidades de la UNAM, México, p. 59- 84
- Saez Marin, J.; (1988). *Políticas “para”, “por” y “con” la juventud*. En: *Boletín N° de OIT*
- Salvia, A. (2000); “Una generación perdida: Los jóvenes excluidos en los noventa”. En: *Mayo, Revista de Estudios de Juventud. Empleo Joven, N° 1*, Dirección nacional de Juventud (DNJ), Buenos Aires.
- Serna, L., (1995); “En búsqueda de elementos para la reflexión”; En Alfie, M. *Movimientos sociales y globalización*, Sociológica, Año 10, N° 27, Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Azcapotzalco, México, D.F., enero-abril , pp.43-61
- Sidicaro, R. y E. Tenti Fanfani (comp.) (1998); *La Argentina de los jóvenes. Entre la indiferencia y la indignación*; UNICEF/Losada, Buenos Aires.
- Tenti Fanfani, E.; Notas sueltas sobre “la cuestión social” en la Argentina del 2000.; En: *Revista Sociedad- UBA*, 2000.
- Torrado, S.; (1992); *Estructura social de la Argentina: 1945-1983*; Ediciones de la Flor; Buenos Aires.
- Torrado, S.;(1993); “La familia como unidad de análisis en censos y encuestas de Hogares”; En: TORRADO, S.; *Familia y diferenciación social* ; UBA- FCS, Serie Estudios; Buenos Aires.
- Villanueva, E., (Coordinador); (1997); *Empleo y Globalización. La nueva cuestión social en la Argentina*; Universidad Nacional de Quilmes; Buenos Aires.
- Villarreal, J.; (1996); *La exclusión social*; Grupo Editorial Norma Ensayo; Flacso; Buenos Aires.
- Wainerman, C.,(comp); (1994); *Vivir en familia*; UNICEF/ Losada, Buenos Aires, 1994.